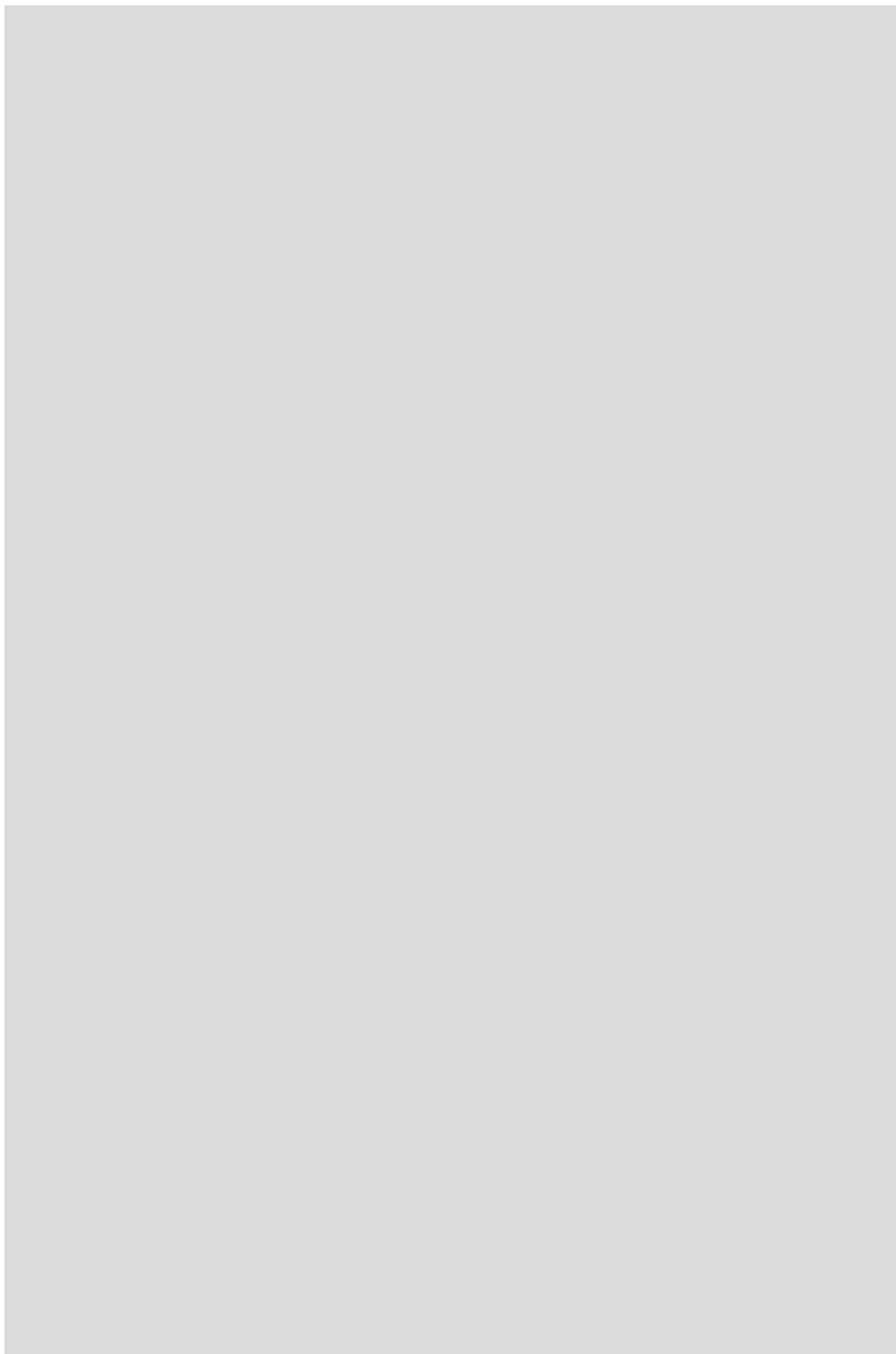


EL INCIDENTE

miguel ángel herrero salvador



Capítulo 1

EL INCIDENTE

Unas semanas antes de que se produjera el incidente, Martín soñó con su cuñada Rosa, la hermana mayor de Miriam, su mujer. En el sueño Martín y Rosa follaban furibundamente dentro de algo que semejaba un pajar. Cuando el despertador sonó a las siete menos cuarto de la mañana sacándole del sueño, la polla de Martín estaba dentro de la boca de su cuñada. Un tanto aturdido, no sólo por el cariz del sueño sino por quiénes eran sus protagonistas, remoloneó un rato en la cama antes de dejar adormilada a su embarazada mujer e irse al cuarto de baño con una erección de campeonato. Aprovechó la coyuntura y terminó masturbándose bajo el agua de la ducha mientras trataba de que acudiesen a su mente las imágenes del sueño.

Después de esa noche, alentado quizá por el calor reinante de principios de agosto, Martín fantaseó con su cuñada durante varios días. Sentado ante el escritorio de su oficina, y pese al aire acondicionado, su imaginación se desbocaba. ¿Acaso era que deseaba a su cuñada inconscientemente? ¿Debía tomarlo como un aviso de algo más? ¿O acaso tenía que ver con que el sexo con Miriam se hubiese convertido en algo prescindible?... Porque desde que la barriga de su mujer había crecido desmesuradamente en el último mes (estaba embarazada de ocho), mantener relaciones sexuales completas, cuando ella así se lo había demandado, para Martín había supuesto algo delicado y escasamente placentero. Tal vez a otros no les importara follar a sus mujeres hasta el momento de parir, pero la verdad es que a él le daba cierta grima.

Ajeno a los complejos resortes del psicoanálisis, lo cierto era que a Martín no se le iba de la cabeza la posibilidad de seguir poseyendo a su cuñada en sus fantasías. Y eso que, fuera de alguna ocasional e inevitable mirada libidinosa, hasta entonces no había copado sus pensamientos en ese sentido, de ahí que se preguntara por qué había sido ella y no otra (Laura, la hermana pequeña de Miriam, por ejemplo, que también era una mujer muy atractiva, o alguna compañera del trabajo). Martín quería a su mujer, seguía enamorado de ella, pero al mismo tiempo no le suponía ningún esfuerzo desear también a su cuñada. Y más, pensaba, si la calidad del

sexo iba a ser como la de su encontronazo onírico.

Martín no le contó a Miriam ni una palabra del sueño ni de las posteriores fantasías eróticas con su hermana. Desde que se habían conocido, hacía más de siete años, el trato de Martín con su cuñada, sin ser estrecho, había sido cercano y cordial. Como mucho Martín se había limitado a comentarle a su mujer lo estupenda que estaba Rosa tras haber dado a luz a dos niñas, hacía siete y cuatro años. Pero ni la maternidad ni el paso de los años (treinta y ocho, uno menos que Martín) habían estragado un ápice su rostro y su cuerpo; un cuerpo de formas rotundas, voluptuoso, que su cuñada había exhibido sin ningún apuro recientemente en las playas gaditanas. En compañía de Rogelio, su marido, había compartido con ellos una semana de vacaciones a mediados de julio. A veces Martín suspiraba por que su mujer se quedara como su cuñada después del parto.

Rogelio, el beneficiario de tanta belleza, tenía cuarenta y dos años y era dentista. Junto a Sebas, su socio, poseía una clínica en el primer piso de un céntrico barrio de la ciudad. Y hasta la fecha les iba muy bien. Martín conocía de su buen hacer, se había empastado allí un par de muelas. Tipo tranquilo y bonachón, alto y gordo, el marido de su cuñada fumaba en pipa y, aparte del ajedrez y de la jardinería ("Rosa es la rosa de mi jardín", acostumbraba a decir cuando bebía más de la cuenta), apenas si contaba con otras aficiones. No le gustaban los deportes (Martín no consideraba el ajedrez un deporte) ni los juegos de naipes, y tampoco era especialmente aficionado al cine o a la música. Lo contrario que Martín, por lo que éste, aunque lo apreciase, tendía a considerarle un poco muermo.

El incidente tuvo lugar el primer domingo de septiembre en la casa del pueblo de Fidel, el suegro de Martín. Había enviudado hacía dos años y, después de jubilarse como conductor de la empresa municipal de transportes, le gustaba pasar en su pueblo buena parte del año. Fue un día con una temperatura magnífica, ideal para celebrar al aire libre que el jueves de esa semana Fidel había cumplido sesenta y siete años. Además del anfitrión y de sus tres hijas, estaban presentes sus respectivas parejas (la de Laura se llamaba Arturo y era periodista radiofónico) y un invitado de última hora, Sebas, cuarentón de pelo canoso, buena planta y pico de oro que, desde su divorcio hacía un año escaso, siempre era bien recibido.

Improvisaron una mesa más grande en el porche y comieron opíparamente. Fidel sopló las velas de la tarta, le cantaron el cumpleaños feliz y recibió los regalos. Luego de los cafés, los licores y algo de charla banal, disfrutaron de la sobremesa.

Miriam le pidió a Martín que le bajara las gafas de sol que había olvidado en una de las habitaciones tras echarse un rato después de comer, no recordaba si se las había dejado sobre la mesilla o dentro del bolso. Estaba tirada sobre una hamaca, con una revista en la mano, a la sombra que proporcionaba uno de los ciruelos del jardín. Sus dos sobrinas jugaban con Laura y con Arturo cerca de la entrada. En el porche, Rogelio y Fidel andaban enfrascados en su enésima partida de ajedrez. Eran las seis menos veinte de la tarde.

Martín subió las escaleras de mármol y llegó al rellano de la segunda planta. En el pasillo de la derecha había dos habitaciones, a la izquierda otro corto pasillo con otra habitación más, la que había utilizado su mujer, y enfrente un cuarto de baño. Dirigió su mirada casualmente hacia allí, hacia la luz que salía del cuarto de baño, cuya puerta estaba abierta, tres o cuatro centímetros tan sólo, los suficientes para que algo de lo que acontecía dentro llamara la atención de Martín antes de entrar en la habitación. Y lo que vio le pilló completamente desprevenido. Martín se quedó paralizado al contemplar de soslayo, dentro de su escaso campo de visión, a Rosa de rodillas, la turgencia de sus tetas morenas por fuera del sujetador aún abrochado. Rosa, su cuñada, de rodillas chupando la polla de Sebas. Tras la incredulidad, no pudo evitarlo aun a riesgo de ser descubierto, fue superior a él: inmóvil, contuvo el aliento con su ojo izquierdo en la rendija de la puerta. Reflejados en el espejo que había sobre el lavabo, pudo ver los genitales de Sebas al aire y el polo remangado por encima del ombligo. Él estaba apoyado en el armario de madera que quedaba frente al espejo, al lado de la mampara de ducha. Rosa llevaba puesta la falda larga y blanca, pero la blusa de lino a juego la tenía desabotonada, y por momentos una mano de él acariciaba su melena de rizados cabellos negros mientras ella chupaba su verga impetuosamente con un movimiento circular de la cabeza. Sebas empezó a jalearla en su empeño, pero ella enseguida musitó que se callara al tiempo que sacudía con la mano derecha su miembro brillante y tieso y le miraba de abajo arriba con una sicalíptica sonrisa. Observándolo por el espejo Martín pensó que Sebas tenía una polla grande, más grande que la suya, hubo de admitir. Durante aquellos segundos (entre los treinta y los cuarenta), Martín compartió con los dos insospechados amantes furtivos la excitación y el morbo, hasta el punto de que, sin apenas darse cuenta, notó que se había empalmado. Estuvo en un tris de ser descubierto cuando su cuñada miró de reojo hacia la puerta y se percató de que la habían dejado abierta. Ella se incorporó y susurró que no habían cerrado bien la puerta. Simultáneamente, Martín, de una sola zancada felina, con la ayuda de las suelas de goma de sus zapatillas, pasó a la habitación sin hacer ningún ruido antes de que su cuñada acudiese a cerrarla y echar el pestillo.

Martín se sentó en la cama de la habitación. Estaba nervioso, cachondo, anonadado. Que estuviera anonadado y cachondo era lógico después de presenciar tan insólito espectáculo. El nerviosismo era lo único que no entendía, y es que el corazón le latía como si se sintiera culpable por haber presenciado el adulterio. Comprobó que aún mantenía una vigorosa erección, y la tentación de masturbarse recordando lo que acababa de ver e imaginando lo que estaría sucediendo entre su cuñada y el socio de su cuñado en aquel preciso momento y justo enfrente, fue demasiado imperiosa. No tardó casi nada en eyacular en un par de pañuelos de papel que sacó del bolso de Miriam. Como la persiana estaba subida, a través de las cortinas de la ventana se filtraba una luz amarillenta y del jardín llegaban las voces de sus sobrinas. En ningún instante se le pasó por la cabeza qué habría ocurrido si alguien hubiera subido hasta allí y hubiera abierto cualquiera de las dos puertas. Luego cogió las gafas de sol de su mujer, salió de la habitación sigilosamente y con el mismo sigilo acercó la oreja a la puerta del baño. Por encima del ruido de la cisterna llenándose de agua y del grifo abierto del lavabo, aún pudo escuchar los suspiros de placer que en el goce del coito lanzaban su cuñada y el socio de su marido.

No habrían transcurrido tres minutos desde que Martín diera las gafas a Miriam cuando Sebas apareció en el jardín con un cigarrillo colgando de sus labios. Martín se le quedó mirando desde la distancia. A buen seguro, pensaba Martín, que era el cigarrillo de la satisfacción, el que se fumaba por el trabajo bien hecho, por el polvo bien echado, en este caso, pues Martín no dudaba de la solvencia de Sebas como amante. Al observarlo sintió una punzada de algo que podría identificarse como envidia: sí, ahora tenía que reconocerlo, le hubiera gustado estar allí arriba con su cuñada.

Muy poco después fue Rosa la que salió de la casa con una lata de Coca-Cola light en la mano. Se acercó canturreando hasta su confiado, ignorante y cornudo marido, que estaba concentrado ante el tablero pensando en su próximo movimiento, le brindó un cariño y le estampó un beso en la mejilla. A Martín, que no perdía detalle, no dejaba de asombrarle la desvergüenza de su cuñada.

Dos meses y medio más tarde, con ocasión del treinta cumpleaños de Laura, volvieron a reunirse todos, esta vez en la ciudad, en el piso de Rosa y Rogelio. Se trató de una cena en la que la ausencia de Sebas se suplió con una nueva incorporación al clan familiar: Daniel, el hijo de Martín y Miriam nacido recientemente.

Martín había sido padre de su primogénito a los pocos días del episodio en el cuarto de baño de su suegro. A pesar de que con el nacimiento del bebé y de sus consiguientes ocupaciones y múltiples cuidados había podido olvidarlo en parte, hasta ese día vivió con un conflicto moral a cuestas que le angustiaba y al que no hacía más que darle vueltas en la cabeza.

¿Callaba para siempre o contaba lo sucedido? ¿Y a quién se lo contaba? ¿A su mujer, a punto de parir? ¿A su cuñada? ¿A Rogelio?... Y más teniendo en cuenta que tras el parto había visto a su cuñada un par de veces y, ante sus muestras de normalidad conyugal, a Martín le había costado disimular su turbación. Entre unas cosas y otras, apenas si pegaba ojo por las noches.

El carácter festivo de la velada alcanzó el paroxismo cuando antes del postre Rosa, quien dijo a modo de preámbulo que no deseaba restar protagonismo a su hermana, anunció a los presentes que iba a tener otro hijo. Estaba embarazada de casi tres meses. "Ha sido algo que no esperábamos para nada, ¿verdad?", añadió Rogelio mirando a su mujer. Superada la sorpresa inicial, todo el mundo se levantó para felicitar y besar efusivamente a los futuros padres. El único que no lo hizo fue Martín, que se quedó sentado en su silla, pensativo, paladeando su tercera copa de Chivas con hielo. La tez pálida y la afable timidez habituales de Martín se habían trocado al final de la cena, por obra y gracia del vino, el champán y el whisky, en un rostro congestionado y en una locuacidad irritante, sobre todo para su mujer. Luego, al sentarse la parentela otra vez a la mesa, apaciguado en parte el entusiasmo, Martín miró fijamente a su cuñada, esbozó una sonrisa perfecta y dijo bien alto y claro, para que todos pudieran oírlo (las sobrinas se había marchado a su cuarto a jugar hacía unos minutos; su hijo dormía como un bendito): "Cuñada, estás hecha una auténtica zorra."